

Por los años de 1820 á 1830 la literatura alemana estaba aún impregnada de romanticismo, tanto, que la influencia de este se dejaba sentir ostensiblemente en los principios de la llamada «Jóven Alemania.» El mismo poeta que fué el primero en romper con aquella escuela, el conde Augusto de Platen-Hallermünde (1776-1835), no dejó de entregarse en su juventud á sus fantasías románticas; mas luégo combatió el romanticismo en sus comedias literarias, adoptando el espíritu libre del clasicismo en sus bellas y profundas composiciones líricas. Con Platen, el primero de nuestros poetas políticos, comenzó á relacionarse la poesía con las cuestiones y problemas de la época. Desde la guerra de la independencia y más todavía desde 1830, la política y la participacion en los negocios públicos fueron una de las causas principales del movimiento literario. La alianza de la crítica literaria con la política fué realizada magistralmente por Luis Börne (1786-1837), partidario de una libertad mezclada de republicanism, el cual se complacia en mostrar el constante filo de su palabra, más bien que en ocultarlo entre las flores de la ironía. En la producción más célebre que brotó de su pluma, en sus «Cartas de Paris,» lanzó virulentas acusaciones contra Alemania, á la que profesaba intransigente afecto, acusaciones que en parte no eran muy fundadas; pero en cambio arrojó á los franceses esta orgullosa frase: «La vida alemana se parece á un paisaje alpestre: es el gran soberano, la corona de la tierra, resplandeciente con sus eternos hielos.» Y el contemporáneo y adversario de Börne, Enrique Heine de Düsseldorf (1799-1856), ¿no ha dedicado siempre á aquella Alemania, á quien criticaba con agudos sarcasmos, coronas cuyas hojas y flores estaban bañadas en el celeste rocío de la poesía? En Heine el romanticismo hace sonar una vez más sus cuerdas, y sus dulcísimos sonidos terminan en un gorjeo de ironía. Lo caprichoso de su genialidad era puramente romántico, pero él era verdadero poeta. En la poesía lírica, en la canción, sólo á Goethe se le considera superior á Heine; en la poesía satírica, nadie, ni aún el mismo Voltaire, ha conseguido superarle. Él dió á la poesía alemana una riqueza, una energía de que ántes no se tenía idea. Otros muchos poetas contemporáneos y posteriores á él, como Gutzkow, Mosen, Lenau, Grün Fleigliat y Bodenstedt, han enriquecido y embellecido la literatura alemana, pero ninguno igualó á Heine en genio artístico, gracia y ligereza. Mucho, muchísimo hay de censurable en sus obras, pero con todo eso, Heine es el poeta más grande de Alemania despues del patriarca de Weimar.

El grado de prosperidad de la poesía, del arte y de la ciencia en la primera mitad de este siglo, demostraba la preponderancia de las tendencias y opiniones idealistas en Alemania. Como inmediato y ventajoso resultado de ello, la aspiracion á la unidad nacional cobró poco á poco la fuerza de una idea moral, llegando á convertirse en uno de aquellos pensamientos que no se desarraigan jamás. La palabra, la pluma y el canto contribuyeron á la obra de conservar cada vez más vivo y profundo el sentimiento nacional. El canto sobre todo prestó grandes servicios bajo la forma de cuartetos introducida por Iman Jorge Nägeli de Zurich. Una cadena de «guirnaldas de canciones,» una serie de «cancioneros» fueron el lazo de union de las provincias alemanas, y aquellas sociedades, salvo el abuso de énfasis pueriles, fueron sin duda alguna un medio de cultura eficaz y patriótico. Seria un error creer que la preponderancia de los intereses intelectuales sirviera de obstáculo ni de perjuicio al progreso material. Precisamente en la primera mitad del siglo XIX han hecho notables y verdaderos progresos, la agricultura, á la

que consagró su saber y experiencia el gran reformista Alberto Daniel Thaer, la industria y el comercio extendidos y generalizados, la navegacion aumentada, las carreteras y ferro-carriles construidos en gran número, todos los medios de comunicacion mejorados; progresos todos cuya solidez se distinguió ciertamente del vertiginoso empuje que más tarde desbarató los intereses materiales.

El año 1850 marcó exactamente la transicion del idealismo al materialismo. El año 1848, que hubiera debido traer al pueblo aleman la realizacion de sus ideales de libertad y de unidad, sólo habia traído desengaños. El liberalismo, principal defensor de las esperanzas y deseos de la patria, habia sido tan incapaz como cobarde. La democracia habia hecho impotentes tentativas que el absolutismo triunfante castigó con sanguinaria crueldad. El pueblo, con estúpida resignacion, rodeaba las tumbas de sus mártires en Brigittenau, Mannheim, Rastatt y Friburgo. Los pocos que habian permanecido fieles á la santa causa y no habian sucumbido en el patíbulo, gemian en las cárceles ó vagaban errantes en el destierro. El liberalismo cedia á la fuerza, aprendiendo á contar con los hechos, segun decia; y el resultado de aquella cuenta era que la suma de la sabiduría política, de aquella «política positiva» única, verdadera y conveniente, se compendiaba en estas palabras bien significativas: «oportuno» é «inoportuno.» Y con esto siguió impasiblemente su marcha.

Entónces se manifestaron todos los fenómenos propios de una época de desengaño, de relajacion y envilecimiento. La reaccion triunfó: los gobiernos se vengaron del pavor que les infundian las teorías liberales haciendo imperar de nuevo el oscurantismo. Alemania fué el teatro favorito de las proezas jesuíticas: los conventos brotaron como hongos en las provincias católicas y hasta en las protestantes. Las exigencias, cada vez mayores de la Santa Sede, fueron consentidas y fomentadas con la más humilde devocion por las cortes, especialmente la de Prusia, haciéndose iguales concesiones á la ortodoxia protestante. Mas al paso de los intereses del clero, caminaban los intereses materiales. En ambos sentidos, es decir, en el afan de renovar el dominio del oscurantismo, como en el de envilecer los ánimos impulsándoles á los goces materiales y al lucro, los gobiernos alemanes imitaron á su celebrado modelo, Napoleon III, el impúdico criminal de diciembre de 1851. Las consecuencias de tal conducta no se hicieron esperar mucho. La sociedad, lanzada desenfrenadamente á la caza de la «felicidad,» es decir, del oro, puesto que no conocia otros bienes que los que proporcionan las riquezas, se convirtió en una sociedad de furibundos tahures. De la Bolsa partian todos los oráculos de aquella época infame, que parecia haber perdido toda nocion de honor y de conciencia. La construcción de ferro-carriles, brillante conquista del siglo, vino á ser como una verdadera voráGINE de fraudes y especulaciones. La sociedad anónima que manejaba el capital no era sino una institucion organizada de ladrones: los pícaros robaban con la ley en la mano en medio del día. El industrialismo exagerado y febril arrancó á la agricultura los brazos necesarios á ella y arrojó en las ciudades insalubres una infinidad de proletarios, preparando en su estúpido egoismo el terreno en que habia de germinar y crecer la mala yerba del comunismo. A las lecciones de Manchester se debió que naciera en Alemania, no la edad de oro, sino la de papel y que la decantada «libertad industrial» convirtiera los productos alemanes, tan estimados un tiempo en el extranjero, en objetos sobrantes y de ningun valor. Los estragos morales del materialismo fueron

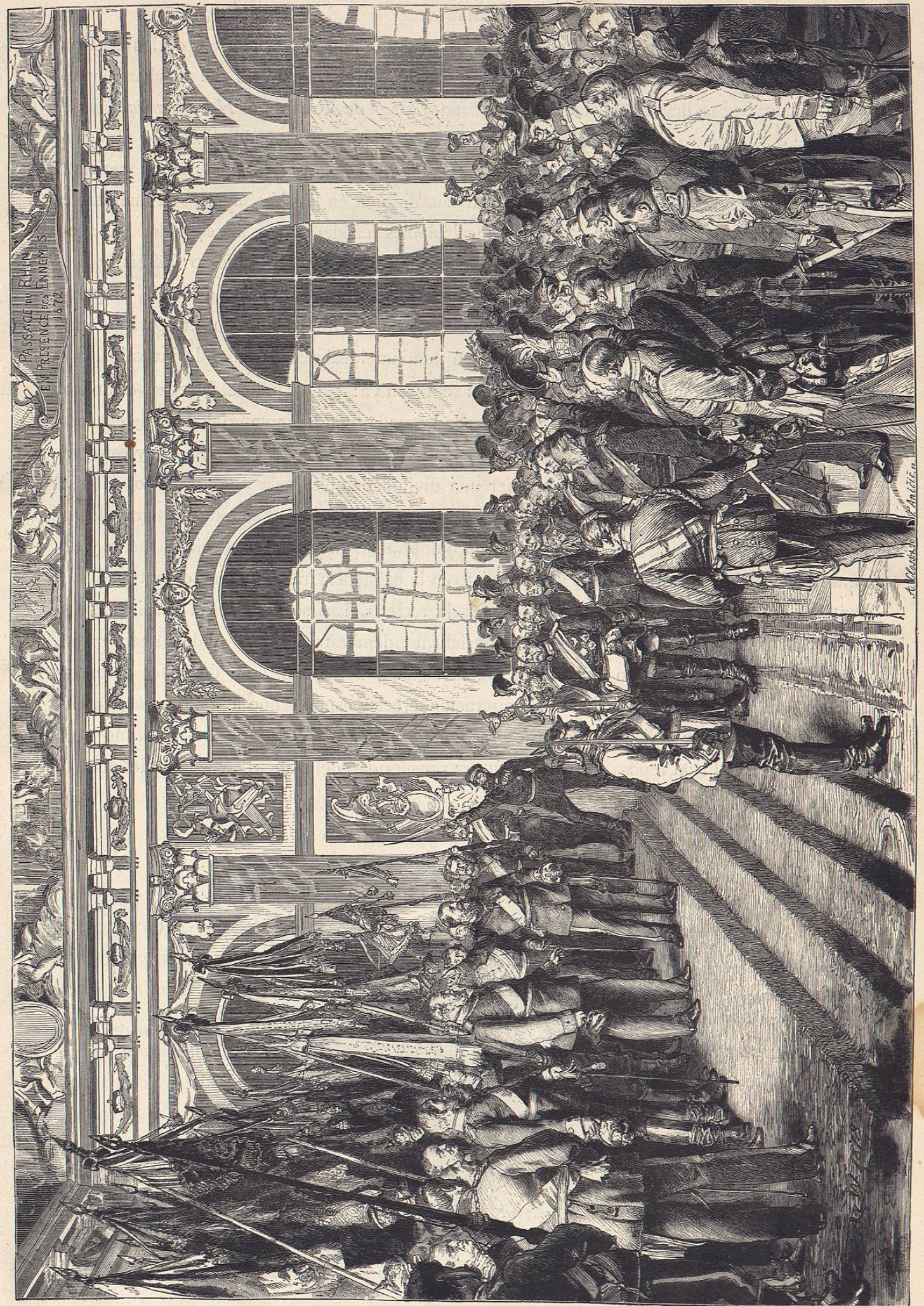
terribles: el fraude y el engaño mostrábanse cínicamente á la luz del día. La relajacion moral infestó igualmente la legislacion, siendo imputable á la sensibilidad intempestiva de los nuevos legisladores el creciente número y crueldad de los delitos. Pero en donde más se advierten los efectos deplorables del materialismo es entre las mujeres. El deseo, la necesidad del lujo y del placer se han apoderado de las mujeres alemanas, casadas y solteras, aún en aquellas clases de la sociedad donde no se sospechaba siquiera la existencia de semejante peste, y el increíble aumento de los infanticidios confirma la antigua verdad de cuán breve es el tránsito de la disipacion al crimen. Preciso es confesar tambien que, observadas de cerca, las ventajas de la educacion moderna se achican y disminuyen notablemente. Lo que las masas han ganado por una parte en saber ó saber á medias, lo han perdido por otra en buen sentido, en respeto al deber, en amor al trabajo, en sobriedad y en honradez. Es muy singular el hecho, comprobado estadísticamente en 1877, de que, de los 22 cantones suizos, los dos provistos de peores escuelas, Obwalden y Wallis, eran precisamente los que contaban menor número de delitos. Otro hecho curioso, único en su género, y tal como no se registra ni en Alemania, ni en Europa, ni en el mundo entero, es que en el municipio de Königfeld, en la Selva Negra, segun se demostró oficialmente en 1876, hacia 50 años que no se habia impuesto ningun castigo administrativo ni judicial, ni celebrábase embargo, ni se conocian, en fin, nacimientos ilegítimos, divorcios, litigios ni mendigos.

En la ciencia el materialismo vive felizmente adherido á la conciencia de su infalibilidad. Nadie puede negar los esfuerzos y progresos de la investigacion especial en los dominios de la física y de la química, de la geología y de la geognosia, de la mineralogía, de la botánica, de la zoología, de la etnología, de la fisiología y de la patología; nadie mirará seguramente con indiferencia los grandes descubrimientos que se hicieron por la aplicacion de los conocimientos matemáticos y físicos á la mecánica en todos sus ramos; pero nadie podrá negar tampoco que la investigacion materialista recuerda siempre el famoso dicho de Mefistófeles:

«Chi vuol conoscere e descrivere ciò che vive, etc.»

Sin embargo, la necesidad del «Lazo espiritual» se impone de tal modo, que con la «materia» atómica sola no se pudo administrar, y con el nombre de «fuerza» fué preciso admitir en la materia una especie de alma, aunque el hombre se hubiera vanagloriado altamente de haber «arrojado de la ciencia» la «patraña» de una llamada alma ó de un «pretendido espíritu.» En lo de envanecerse siempre fueron muy fuertes los caballeros del microscopio infalible y de la retorta beatificante, sobre todo cuando los fogosos discípulos de Darwin predicaban la teoría de la descendencia y de la seleccion del maestro; entónces las personas cándidas podian creer que al fin quedaba descubierta la imágen de la diosa de Sais, que al fin se presentaba la solucion del gran enigma de la significacion y utilidad de la vida humana, y que bastaba extender la mano para obtener la contestacion al porqué de todos los porqués. Pero el buey materialista continuaba todavía perplejo al pié de aquella montaña sobre la que el águila idealista habia intentado siempre inútilmente volar.

Doloroso es decirlo, pero debe confesarse que el orgullo civilizador de nuestro siglo tendria suficiente razon para humillarse: si hacemos la suma de la civilizacion desarrollada durante



¡VIVA GUILLERMO EMPERADOR DE ALEMANIA! (Aclamacion en la Galería de los Espejos, en Versalles, en 18 de Enero de 1871)

cien años, obtenemos el triste resultado de que á través de la despreocupacion, de los clásicos y románticos, de Kant, Fichte, Schelling, Feuerbach y Strauss, á través del idealismo y el materialismo, hemos llegado felizmente al *Babuino afeitado* de Voltaire, al *Hombre máquina* de la Metrie ó al *Sistema de la naturaleza* de Holbach. El porvenir decidirá si este objetivo merecía tantos esfuerzos. Al presente corresponde el derecho de presentar la formal petición de que la embriaguez materialista, á la cual ha sucedido ya en la vida práctica la inevitable razón, cese también en la ciencia, pues son incalculables los daños que ha causado. La doctrina del ateísmo mecánico-materialista, sostenida y proclamada con ridículo énfasis, y por decirlo así á són de trompeta, ha tenido por consecuencia el extremo opuesto, es decir, la superstición sobrenatural ortodoxa, y ahora las dos luchan furiosamente una contra otra para sofocar en mortal abrazo á la razón, que quiere animar é iluminar idealmente el mundo investigado y materialmente comprendido. Las consecuencias se tocan ya: á la orgullosa falsedad científica con lo material se ha opuesto una inmensa falsedad popular con lo inmaterial. Los defensores de la materia han sabido perfectamente impeler las masas hácia las redes clericales; y esto era natural. Los hombres quieren y deben tener una divinidad; quitádsela y adorarán los ídolos; cerrad las fuentes de la fe ideal, y entónces comenzarán á brotar los manantiales maravillosos de Lourdes y de Marpingen. Una reducidísima minoría de hombres de espíritu fuerte y de corazón frío podrá encontrar la paz y el contento en la existencia mecánica que el materialismo científico proporciona; pero la inmensa mayoría la rechaza. Las saturnales del «espiritismo,» comenzadas al mismo tiempo que las del materialismo, demuestran hartamente que el hombre no puede vivir sólo con el pan de la ciencia; necesita el vino de la fe; quiere y debe tener ideales. No es temeridad ni exageración creer y esperar que al espíritu alemán le será dado y concedido hallar el necesario y saludable término medio entre el idealismo y el materialismo, en el cual reposa sin duda la futura prosperidad del trabajo civilizador del pueblo alemán.



BISMARCK

VI

EL NUEVO IMPERIO

CUANDO en 30 de setiembre de 1862 el recién nombrado presidente del Consejo de ministros de Prusia, Oton de Bismarck-Schoenhausen, lanzó en la comisión de presupuestos de la cámara de diputados la frase: «¡Las grandes cuestiones de nuestra época no se resuelven con los discursos y votaciones de la mayoría (este fué el error cometido en 1848 y 1849), sino á sangre y fuego!» alzóse gran clamoreo en Alemania y en toda Europa y las dos hermanas, la hipocresía y la ignorancia, no sabían cómo expresar su asombro. ¡Cual si las «grandes cuestiones se hubieran resuelto de otro modo que á sangre y fuego siempre que se han suscitado entre los hombres!» Vociferábase hipócritamente contra la «inauguración de una política de fuerza.» ¡Cual si en política se hubiera podido hacer jamás algo grande y justo sin el uso de la fuerza!

El ideal de progreso de Goethe, que se mueve en los caminos de una «tranquila instrucción» es muy bonito, pero en política, que no solamente tiene que tratar con ideas sino también con hechos, siempre será una vana apariencia y un fantasma; pues: «Fácilmente se reúnen los pensamientos, pero con fuerza se chocan las cosas en el espacio. Allí donde una se